

El yaqui Loreto sobrevivió dos años al malogrado Frankie. Lo hallaron ya reventado en la casita que había construido en el Barrio del Río Muerto. El Barrio del Río Muerto está aposentado en el lecho de un río obstruido adonde acudían los seres que no tenían techo para guarecerse. Porque la arena les suplía la cama, al principio iban sólo a dormir sin más paredes que los cuatro vientos y un cielo que los hambreados miraban tan lúgubre como una tela para forrar féretros. No tardó el Barrio del Río Muerto en poblarse de los humanos más degradados, algunos faltos de algún miembro del cuerpo, pero sobrados de malicia; otros sucios, viejos y macilentos que buscaban donde morirse como la gente; no faltaron los rateros y comerciantes de baratijas y hasta de fritangas; amén de la presencia de jipis, raros jóvenes cuyos cuerpos actúan a medias divorciados de sus espíritus. Fue como si toda la escoria se hubiera dado cita, llegaban a docenas. Al principio se sonreían, se deseaban buenas noches y se invitaban de sus migajas. No tardaron en delimitar sus dominios tal como hacen los pájaros y las fieras; para adueñarse de una pequeña área se tejieron a golpes; algunos acarrearón piedras destañadas a partir cráneos; mohosos cuchillos de cocina infun-

MURRE
Lofeto.

yito les sacó la lengua; con un amigado pataico les danó el mono de trapo". Gruesa mortaja de nubes, fronda tétrica del árbol que cubre espesuras negras en vano, la figura prieta del colgado oscilaba invisible a toda mirada, cual compás segundero que marcara el tiempo del muerto, ciega negación de la existencia sin briznas luminosas en el cielo, frígida antítesis del concepto "universo". Colgaba figurando un raro signo de algún lenguaje gris contado a las tinieblas... Los arbustos espesos se quejaban con voz de lamentos, los árboles desnutridos simulaban el llanto resignado de mujeres recién malparidas. Recordaron los árboles escuálidos un lejano silbato, como un tren que se va alejando hasta más allá del hierro y de la tierra... como si todo se borrara sin dejar huella. Los tres Cuameas restantes llegaron a los dos días hasta el árbol frondoso que, según creencias, tendría que secarse; los zopilotes piadosos habían arrancado los ojos a Chayito para que no viera su tragedia. Se abalanzó el viejo, lo abrazó de los pies con cariño y tibieza, inútil blandura... cuando en la cuna el niño quiso palpar con los bracitos el cielo de la ternura, donde sólo había un suelo de pedregales, sin flores, ni lluvia... tardío arroyuelo de sentimientos. Lo bajó el viejo tigre: se le corrió entre los brazos untado de una pasta gris y resbaladiza; los pajarillos, a pesar de ser cada uno sede de un alado poeta, con un chipi chipi continuo, con pertinaz

dían terror en las gargantas; entre la variedad de armas apartcieron palos de beisbol, macanas de chota, resorteras, hondas de remolino, sin descontar que el viejo tullido al que apodaban El Cafetera murió de puñalada. Al nombre venerado de la madre, se le arrastró por sobre la inmundicia y fue usado también como proyectil. Por fin, tras de una batalla sangrienta, llorando y maldiciendo su orfandad, huyeron arrastrando sus humanidades los más desvalidos. Tal los casi paralíticos, los ciegos, sumándose los que apenas movían sus cuerpos, que eran en sí cementerios de células, encorvados con el plomo de tantos años y el asedio de una fuerza de gravedad que ya lamía los huesos que se tragaría. Loreto, el viejo revolucionario, señoreó también en lo que sería su territorio y donde fabricaría su casa con paciencia de hormiga. No tardaron los fotógrafos en darse vuelo tomando fotos que, al ser publicadas en revistas, servirían para que muchos lectores tomaran de allí el marco y el fondo donde situar sus pertenencias para que irradianen brillo. Cuando el viejo lisiado dejaba el pavimento de la ciudad para pisar la tierra de su área, cualquiera lo podría rastrear, pintaba un zapato y un hoyo hasta su morada; los últimos días sólo el zapato hollaba bien, paralelo a una raya que de trecho en trecho se cortaba brevemente. La noticia la propagó la hedentina insoporable; al principio los vecinos no le dieron mayor importancia, creyendo que se trataba de uno de tantos perros flacos, de esos que pasean su canidad descarada esquivando pedradas, de esos perros que se mueren a cada rato, cada vez que se les pega la gana. Fue el Peluchi, dueño de la carreta "Su Restaurant Ambulante", "Aquí estén sus tacos con salsa brava, éntrenle", el que dio pitazo. Es chucho madre el dijunto, es el pat'e palo que colgó los tenis.

El chisme lo llevó a la autoridad la vieja aquella que vendía cachitos de lotería, la que según lenguas aguadas se simulaba una gran jiba con una pelota de futbol. Pero los cuicos fueron hasta otro día; aunque bien aclarado, fue a los tiradores de basura a los que les tocó levantar el cuerpo, mismos a quienes el vulgo conoce por el mal nombre de tirabichis. Según la academia de la lengua vulgar que determina sobre chingaderas no aclaradas, un "bichi" viene a ser uno de esos perritos muy chiquitos de raza pelona, lampiños completamente. Así que cuan-

do se mueren, ya sea de muerte violenta o natural, pues los dueños los tiran en la basura y ahí es donde entran los que se dedican a empresas escatológicas; al ir en sus camiones recogiendo porquerías tiran también a los bichis, donde resultan por lógica tirabichis; ahora que no está de más aclarar que "bichí" quiere decir en lengua yaqui el que anda empeloto de puro sinvergüenza. A propósito de tirabichis no hay que olvidar que a los lampiños, es decir hombres sin barba o bigotes, se les llama con innegable falta de respeto "cara de nalgas". Es el caso que los tirabichis eran cinco, llegaron en un troque tan desmadrado que parecía laboratorio marciano, a modo de máscaras se cubrieron media cara con pañuelos sucios, mojados en mezcal, anudados en la nuca. El del acta quedó lejos, portaba corbatón ancho y un saco que había tenido un dueño mucho más pequeño; porque parpadeaba a cada segundo le decían El Relámpago. El jefe de la cuadrilla dio la orden:

— ¡Chínguenle, cabrones!

Rodearon la frágil construcción, dispuestos a levantarla con todo y el cuerpo del yaqui Loreto. La habitación consistía en un cuarto de ocho por ocho, con cinco pies de altura. Estaba fabricada con material de latas vacías y cartones pepenados aquí, allá y también acullá de vez en cuando. La pared del costado norte era casi roja, formada únicamente de botes vacíos de cerveza Tecate; la del sur tenía además varios cartones, una hoja grande que lucía la foto de una güera con las nalgas "bichis" tomando "Poca Cola"; otros que decían galletas "Nabrisco"; un cartón grande con un chamaco goloso dándole la tarascada a un pan "Bimbo"; una ventanilla simulada con el retrato de un mandatario sanguinario, flaco, ojillos de víbora, boca simiesca con el labio inferior vencido; en el costado oeste había usado láminas de latas de manteca "Enca"; laterío de comida "Fedo" para perros finos de gente popof, como el caso de Doña Mariana, aristocrática dama esposa del propietario del super prostíbulo "La Pildorita". Cuentan que la vieja en cuestión, como suele haberlas en abundancia entre las popof, atendía a sus perros mejor que si hubieran sido sus hijos, si el ser machorra no le hubiera impedido tenerlos; los acostaba en lujosas camas metidos en calzoncitos de hule moteados de mariposas; por las mañanas les cantaba con dulzura maternal mientras les